

Arribó Mateo á la República, por el puerto que solamente valía, (entonces á lo menos), porque sus arenas habían sido holladas por las militares botas del Gran Aventurero. Sin detenerse, el nuevo emigrante á contemplar las altas hermosuras del mar, en cuyas ondas ardieron unas naos casi apocalípticas, empaquetóse en un mal carro de tercera, y, cruzando como un sonámbulo por el maravilloso camino del Ferrocarril Mexicano, llegó, por fin, á la capital de la República; llegó á México, á aquella ciudad encantada, que el rústico andaluz había entrevisto tantas veces en sus locos ensueños de grandeza.

Mateo venía *consignado*, consignado, esta es la palabra, á un rico mercader de ultramarinos, al cual, casi año por año, le eran enviados cargamentos de carne de mostrador; remesas de juveniles energías de las que era preciso sacar todo el jugo que pudieran producir.

Al llegar á la Metrópoli, Mateo presentóse inmediatamente á su *consignatario*, y al otro día, el alegre andaluz despachaba abarrotos en una tienda de ultramarinos.

II

El buen muchacho, después de quitarse un poco lo cerril, primero con el trato de *gatas* relamidas y después con el de señoritas de dudosa prosapia, empezó á comprender que las onzas por él soñadas no se encontraban tiradas en mitad del arroyo, sino que era preciso conquistarlas con rudos esfuerzos y con no pocas privaciones. Hecha por Mateo la anterior observación, decidióse á emprender con brío la *áurea conquista*, y, desde entonces se trazó una invariable línea de conducta, consistente en poner en práctica estos tres muchos: mucho trabajo, mucha fuerza de voluntad y mucha ambición; y estos tres pocos: pocos gastos, poca soberbia y poco amor al bienestar personal.—Sólo de ese modo,—pensaba el imberbe andaluz,—llegaré á conseguir, con el tiempo, esas amarillas peluconas que tantas veces he visto en mis delirios, allá, en el desvenejado camaranchón de mi alquería.

Y Mateo triunfó. La voluntad, voluntad

humana que, según Smiles, logra hasta mudar de sitio los altos montes, llegó á convertir al paupérrimo emigrante, en tan sólo diez años de trabajo, en un varón digno de independerse, es decir, en un futuro propietario.

El alegre andaluz que, en la pesada y fatigosa brega, había perdido todos los distintivos de su carácter, menos el buen humor, encontróse una bella mañana, después del balance de su principal, conque ya era poseedor de unos cuantos centenares de duros, los suficientes, sin embargo, para poder dedicarse á trabajar por cuenta propia. Conocedor Mateo de la buena nueva, *fué á donde su patrón*, como él decía, y con voz respetuosa le hizo presente que deseaba establecerse con las pequeñas economías que había logrado acumular.

El dueño del almacén, cordobés de empuje, escuchó benévola los deseos de su dependiente, y, contento de que aquel honrado muchacho se decidiese á lanzarse, solo ya, en el torbellino de los negocios donde tantos han fracasado, concedió el permiso correspondiente é hizo la liquidación de cuentas á su ex-subordinado, ofreciendo á éste, en el acto de entregarle los cientos de duros que le correspondían, que procuraría ayudarlo en su espinosa empresa.

Mateo saltó, alegre como unas pascuas, el terrible mostrador detrás del cual había despachado tantas veces, tres centavos de azúcar y medio real de aceite de olivo, hecho, dicho sea de paso, con auténtico jugo de semillas de linaza; y llevando endosada sobre sí la americana, aunque con visible embarazo por la falta de costumbre, dióse á pasear por las calles en busca de una casa comercial que valiese la pena de ser tomada en traspaso.

El propietario en ciernes, recorrió con toda la calma que le era habitual, los arrabales de la Metrópoli. Buscó, aunque inútilmente, una tiendecilla que pudiera comprar; pero á todas las que halló en posibilidad de ser traspasadas, encontróles Mateo algún grave defecto: ésta, estaba muy lejos de lo poblado; aquélla, tenía poquísimas ventas; la de más allá, era demasiado cara. . . .

Entonces, el buen andaluz pensó en sus